

# Abismos de la infancia

Carlos Marzal

La infancia es la patria del hombre adulto, su territorio mitológico, y en ella se fragua el verdadero caudal de la memoria, cuyos ingredientes constituyen las herramientas fundamentales del escritor. La literatura supone un ejercicio temporal que realiza prospecciones en los recuerdos del individuo, y que acaban entretrejidas con la invención pura en lo que se nos presenta como fábula.

En ocasiones, la infancia aparece como la Arcadia de la que fuimos expulsados a sangre y fuego por la edad, para ya no regresar nunca, el paraíso al que siempre guardaremos fidelidad y al que sólo volveremos mediante el instrumento de la nostalgia crónica. Otras veces, la infancia es para algunos el infierno de la indefensión y la inmadurez, la región ingrata del miedo, de cuya tierra jamás se sale indemne: el único país que no se quiere volver a frecuentar.

Sea lo que sea la infancia en la conciencia de un artista, todos viven –vivimos– marcados por su inacabable poder narrativo. Los que la tuvieron, por el hecho de que la tuvieron, y a quienes les fue arrebatada, escamoteada, porque no pudieron tenerla. Nadie se libra de estar marcado al fuego por la infancia.

Eduardo Halfon (Ciudad de Guatemala, 1971) ha escrito un espléndido libro de relatos cuya columna vertebral son diversos episodios infantiles de una voz que nos habla en primera persona. Como sabemos, la primera persona es la más engañosa de las per-

---

Eduardo Halfon: *Mañana nunca lo hablamos*. Editorial Pre-Textos. Valencia, 2011.

sonas gramaticales y éticas, y suele confundir a los lectores. *En Mañana nunca lo hablamos*, el narrador juega voluntariamente a disfrazar su actividad con el tono de lo memorialístico, y las aventuras que sufre el protagonista configuran un generoso y vasto retrato de familia: los padres, los tíos, el hermano, los abuelos y su casa totémica, los criados, los accidentes que unen a todo ese clan en la perpleja mirada del niño. Además, el conjunto de los relatos está estructurado de tal forma que puede leerse como una novela organizada «en cuentos, todos independientes y todos, a la vez, entrelazados hasta configurar un mundo cohesionado.

De ahí que algunos puedan caer en la trampa de preguntarse si se encuentran ante una novela corta, ante una sección novelada de las futuras memorias del autor, o ante un libro de narraciones breves. Yo creo que lo mejor es celebrar que *Mañana nunca lo hablamos* es todas esas cosas a la vez, gracias a que se trata de excelente escritura.

La infancia en la que Halfon nos sumerge, y que nos envuelve con calidez inquietante desde sus primeras palabras, pertenece a la categoría –llamémosla así– arcádica; pero es un universo no exento de peligros, de amenazas, de aspectos terribles que el niño a veces vive como aventuras veladas por la niebla y a veces como sucesos radiantes. Una infancia que observa con asombro encandilado el mundo de los adultos, que no termina de comprender. Una infancia sometida a la crueldad ajena y que también ejerce la crueldad propia (por ejemplo, con los animales).

La prosa de Halfon pertenece a la escuela de la contención, de la precisión máxima. Lo que nos deslumbra, antes que la elección de las palabras, es la manera en que dispone los detalles, cómo sabe escoger mínimas anécdotas (la entrega del boletín de notas en casa, la aparición en un restaurante de una mujer vestida de rojo, el baño de su padre en la playa, el polvo de yeso que se desprende de las paredes durante un terremoto), para elevarlas a la condición de grandes acontecimientos vitales. Los relatos de Halfon participan –es un decir– de la famosa teoría del iceberg: lo que se nos refiere es sólo la parte a flote, la verdadera masa de la narración permanece bajo las aguas, y se manifiesta a sus lectores, como un eco, con todo lo que se insinúa, con todo lo que se sugiere.

La literatura hispanoamericana de los últimos sesenta años –por fortuna, para los que somos devotos de esa gran tradición–, ha contado, entre otras muchos tesoros, con las riquezas que el realismo mágico aportó. Halfon no tiene nada que ver con ella desde el punto de vista estilístico –no lo necesita, porque la realidad de la infancia, en sí misma, ya es mágica–, pero se suma por derecho propio a esa larga cadena de magníficos escritores ©